

CAPÍTULO OCTAVO:

EL APRENDIZ DE HOOX

Ashla había ordenado a Sanui introducirse subrepticamente en un centro de investigación científica de Hoox. Según los informes que habían llegado a oídos de Ashla, en ese centro estaban diseñando un arma que, aunque capaz de arrasar civilizaciones, fuese más económica que una Estrella de la Muerte. La misión de Sanui era entrar allí e impedir que la construcción de tal arma fuese llevada a cabo. Además, se había detectado en ese planeta a alguien poderoso en la Fuerza, que debía ser como mínimo identificado.

Sanui encontró en un claro del bosque un edificio de una sola planta, con una pequeña torre como cúspide. No se dejó engañar: La experiencia le decía que la mayor parte de los pisos serían subterráneos. Sanui mantuvo su escondite entre los arbustos mientras utilizaba un comunicador.

-Emesiete, ¿estás ahí? -susurró Sanui bajo su máscara.

-Estoy en la nave -dijo el androide-. ¿Algún problema?

-Espero que no -dijo Sanui-. Triangula mi posición y confirma que estoy delante de mi objetivo.

-Un momento, por favor -dijo el androide mientras realizaba cálculos. Tardó unos segundos en contestar-. Confirmado. No hay más muestras de tecnología en un radio de doscientos kilómetros.

-Gracias, Emesiete -dijo Sanui-. Corto y cierro.

Sanui puso una roca en equilibrio encima de la rama de un árbol, y empezó a moverse por el bosque, sin entrar nunca en el claro, hasta estar mirando otra pared del edificio. La pared que tenía la entrada.

Había dos soldados de asalto en la entrada, uno a cada lado, con sus rifles bláster sobre el pecho. Eran el primer obstáculo.

Sanui se fijó en ellos sin abandonar su escondite. Dos a la vez, eso sería complicado. Sobre todo, sin llamar la atención. Los soldados no estaban dialogando entre ellos, sino que mantenían la compostura en perfecta formación. Mala señal: Estaban entrenados para hacer esa guardia.

Sanui desvió la mirada hacia donde había dejado la roca. Cerró los ojos y se concentró en la piedra, en la rama... Al principio parecía no suceder nada, pero poco después, la roca empezó a temblar, y después a moverse. ¡De pronto, la roca cayó causando un ruido!

-¿Qué ha sido eso? -dijo uno de los dos soldados de la entrada. Ya había girado su cabeza hacia el lugar de donde venía el ruido. El otro soldado no dijo nada, pero también

se giró y preparó su rifle.

-¡Salga con las manos donde podamos verlas! -dijo el primer soldado mientras apuntaba su rifle hacia el lugar de donde había venido el ruido.

Durante unos eternos segundos, nada se movió.

-Voy a investigar -dijo uno de los soldados-. Tú quédate aquí y que nadie entre.

El otro soldado hizo un gesto de asentimiento mientras su compañero se alejaba.

Sanui esperó pacientemente hasta que sólo quedase un soldado en el claro, y entonces salió del bosque y se acercó a la entrada. El soldado no tardó en dirigirle la mira de su rifle, y en respuesta Sanui puso sus manos sobre la cabeza.

-Tranquilo, tranquilo -dijo Sanui, con fingido miedo-. No pasa nada, tengo mi autorización.

-Muy bien, enséñamela -dijo el soldado-. ¡Y nada de trucos!

Sanui bajó su mano de la cabeza para llevarla hacia el interior de su capa. Cuando la mano pasaba ante su rostro, Sanui movió sus dedos con un extraño patrón...

En el interior de la instalación, todo estaba extremadamente limpio hasta llegar a la esterilización. Sanui se cruzó con un par de androides que no le prestaron mayor atención, y entonces oyó, desde detrás de una esquina que giraba en L, el sonido de pisadas. No eran las pisadas metálicas y torpes de un androide de protocolo. Eran las botas de soldados de asalto marcando el paso. Cinco, o quizás seis. Además, iban en su dirección.

Sanui miró a su alrededor, en busca de algún lugar donde esconderse, pero sólo encontraba un claustrofóbico pasillo de brillantes paredes metálicas. Llevó a su mano el mango de su sable de luz.

Los soldados giraron la esquina y vieron claramente a Sanui, a apenas una docena de metros. Los imperiales sabían claramente que nadie debía estar en ese pasillo, que no había nadie con autorización. Uno de los soldados gritó la orden de fuego, y todos ellos empezaron a disparar.

Sanui encendió rápidamente su sable de luz y utilizó el filo violeta para deflectar los disparos y protegerse.

-Frenar los disparos es fácil -pensó en un nanosegundo-. Lo difícil es redirigirlos contra ellos.

Sólo uno de los soldados cayó al suelo, fulminado por su propia arma (o la de uno de sus compañeros; Sanui no podía asegurarlo). Los otros soldados siguieron disparando, sin prestar atención a su compañero de armas caído.

Sanui habría saltado para intentar alcanzar a los soldados, pero el techo era demasiado bajo, así que tenía que avanzar hacia ellos por el suelo. Dio varios pasos girando sobre sus pies mientras no dejaba de mirarlos, pero

ellos se iban alejando poco a poco mientras su rival avanzaba; temían la ventaja que Sanui poseería en cuerpo a cuerpo.

Pero estaban retrocediendo hacia el rincón, donde Sanui les tendría atrapados. Dio varios pasos más, y los soldados decidieron adoptar una actitud más ofensiva y lanzarse sobre Sanui, intentando conseguir el factor sorpresa.

Fue inútil. Sanui movió su sable de luz con habilidad y, con tres golpes, logró derrotarles a todos.

-¿Tres golpes? -pensó Sanui. Entonces contó los cuerpos. Había cuatro soldados de asalto en diversos estados de gravedad.

-Yo oí al menos a cinco soldados caminando -continuó su cadena de pensamiento-. ¿Dónde está el quinto?

En el más profundo de los subsótanos, en una oscuridad casi total que sólo se quebraba por la luz surgida de los monitores, había una sala de control llena de máquinas. Cada máquina tenía un operario de alto nivel controlando las lecturas.

-Intruso localizado -dijo uno de los operarios de sensores-. Un soldado ha disparado la alarma silenciosa.

-¿En qué nivel? -dijo desde las sombras una voz que parecía el rechinar de un mecanismo antiguo.

-Nivel once, zona tres.

La voz en las sombras se acercó un poco más al operario, pero se mantenía siempre oculto. Aunque él podía verlo todo, el operario no podía verle. No es que eso le preocupase; el operario debía concentrarse en su monitor.

-Ponga las cámaras de seguridad.

La pantalla se dividió rápidamente para poder ver al unísono todas las cámaras de seguridad. El terminal registró automáticamente las diferencias entre lo que veía y lo que debía ver, y señaló los cuerpos de soldados de asalto caídos y... a Sanui, en la octava pantalla.

La voz en las sombras emitió una horrenda risa, una risa chirriante que se parecía al sonido de zarpas arañando piedra lisa. El operario apretó sus dientes y reprimió una mueca.

Un humanoide con una espesa capa negra salió de la sala de control y se metió en un tubo elevador. En cuanto se hubo confirmado su presencia, el tubo de apenas un metro de diámetro en la base, empezó a subir niveles en busca del nivel once.

Mientras tanto, en el nivel once, Sanui seguía buscando y probando una puerta tras otra, sin encontrar nada que sugiriese investigación científica en busca de un arma. El comunicador había sido interferido, y ahora Sanui no podía contactar con su fiel androide. Sin la ayuda de Emesiete, pensaba Sanui, la única forma de encontrar mi meta es por

ensayo y error.

Sanui se movía a gran velocidad, con su capa color morado dejando una estela por donde pasase. Mientras tanto, la figura del tubo se mantenía quieta, casi como si estuviese congelado en una postura. No parecía respirar. La capucha cubría su rostro, así que lo único que se podía adivinar era una estatura superior a los dos metros veinte y una complexión muy delgada.

Sanui medía mucho menos, pero se movía tanto y tan rápidamente que era muy difícil precisar cuánto. A su velocidad había que añadir los movimientos de su capa que hacían tan difícil acertar. Después de revisar otra habitación, Sanui salió al pasillo y buscó el tubo transportador para ir al siguiente nivel.

Pero el tubo ya estaba llegando al nivel once. Iba directo hacia allí, con un ocupante. Sanui sintió la Fuerza en él, y comprendió que no iba a escapar. Podría haberlo intentado, pero no lo hizo.

En cuanto el tubo llegó y empezó a abrirse, Sanui utilizó la Fuerza para lanzarle un pequeño objeto. La figura encapuchada levantó una mano esquelética y, sin siquiera mover los dedos, detuvo el proyectil. Ante los sorprendidos ojos de Sanui, el objeto se destruyó, reduciéndose casi a cenizas.

La figura de negro se deshizo de su capa, arrojándola con fuerza hacia un lado. Su aspecto era ahora realmente espeluznante. Tenía un cráneo alargado y sin pelo, coronado en un extremo picudo, prácticamente puntiagudo, y unas enormes orejas cada una de las cuales terminaba en varias puntas hacia arriba. No tenía lóbulos, pero la parte inferior de la oreja estaba muy deformada. Sus inmensos y oscuros ojos parecían a punto de salirse de sus cuencas, y estaban rodeados por una sombra que rodeaba el globo óptico y continuaba hacia atrás, dándole el aspecto de un ceño fruncido aunque no tuviese cejas. Tenía una pequeña nariz aguileña, hasta el punto de terminar literalmente en una punta. Todos sus dientes parecían ser colmillos naturales, y no afilados artificialmente. No poseía labios; Sanui podía ver cómo sus dientes se incrustaban en sus encías, y luego las encías poco a poco adoptaban el color cadavérico del resto de su piel. Sus mejillas parecían haber perdido toda su masa y adaptarse ahora al hueso que había en su interior. A Sanui le llamó también la atención una extraña arruga en su barbilla.

En cuanto al cuerpo de la criatura, no parecía mucho mejor. Era efectivamente delgado, escuálido de hecho, como si no tuviese ni un solo gramo de grasa en el cuerpo. Como si llevase varios meses muerto. Sus larguísimos brazos casi tocaban el suelo, y cada uno de ellos tenía dos articulaciones, dos codos, uno en cada sentido. Las manos poseían largos dedos, como los que no había necesitado

mover para destruir el objeto. Las piernas eran similares a los brazos, y la criatura las flexionó ligeramente en ambas articulaciones, como si se estuviese agachando. Aún agachado, era una cabeza más alto que Sanui.

-Creo que sabes quién soy yo, Sanui -dijo el monstruo.

-Eres Darth Ksar -respondió Sanui-. El aprendiz de Hoox.

Ksar movió sus párpados, cerrándolos ligeramente para expresar su disconformidad.

-Hoox sólo me ha enseñado un par de movimientos de combate. Nada que tuviese relación con la Fuerza.

-Entonces... ¿Quién fue tu maestro?

Por toda respuesta, Ksar se inclinó hacia adelante y se echó a reír. Sanui tuvo que apretar los dientes al oír su risa.

-Esto no es una reunión social -dijo Ksar-. Sólo uno de los dos saldrá de aquí con vida.

Ksar hizo un movimiento rápido con sus dedos, y de pronto en su mano tenía un cilindro metálico de color plateado con varios botones. Presionó uno de los botones con maestría, sin siquiera mirar cuál era, y de la base del cilindro surgió un larguísimo filo carmesí. Ksar hizo girar su sable de luz con una sola mano y se puso en guardia con un correctísimo protocolo de combate. Flexionó levemente sus cuatro rodillas y sostuvo su sable con dos manos como sólo podría sostenerlo un verdadero maestro de esgrima.

Sanui sintió sus nervios a flor de piel mientras encendía su sable de luz violeta con mucha más discreción, sólo presionando el botón. El filo violeta cobró vida. Sanui sólo podía pensar que era la primera vez que se enfrentaba a un Jedi oscuro... y que tampoco había destacado nunca en los combates de entrenamiento contra un sable de luz.

Pero Ashla le había enseñado qué hacer en estos enfrentamientos. Sanui decidió adoptar una actitud inicialmente defensiva para familiarizarse con los movimientos de su rival, y cuando supiera dónde estaban sus fallos, le atacaría.

Eso significaba parar sus ataques iniciales. Sanui se fijó en la horrible criatura, para ver de dónde vendrían sus ataques. Casi podía oír las palabras de Ashla: "No te fijas en sus manos; ellas no te dirán de dónde vendrá el ataque. Sus ojos te lo dirán".

Ksar sonreía mientras examinaba a Sanui con tanto interés como Sanui le examinaba a él. Ambos parecían ser depredadores a punto de enfrentarse, temibles peces maltz a punto de iniciar su lucha.

Ksar emitió un sonido que podría haber sido una risita y podría no haberlo sido, y corrió hacia Sanui con su sable de luz levantado. Sin sorprenderse en absoluto, Sanui dejó que la Fuerza guiase sus movimientos y frenó el ataque con su propio sable. Ksar se detuvo unos metros a la espalda de Sanui, frenando con las suelas de sus botas y arrastrando

sus rodillas invertidas, pero se puso en pie con un ágil movimiento y se giró de nuevo hacia Sanui.

Ksar corrió de nuevo hacia Sanui y atacó otra vez. Este ataque era mucho más predecible que el anterior; ahora Ksar estaba guiándose por su ira, y no por su habilidad. Si seguía así, Sanui no tendría problemas para vencerle.

Ksar atacó dos veces más con su sable en un arrebatado de ira, y se mantuvo a escasos centímetros de su oponente. Pero de pronto comprendió que Sanui no estaba atacándole, sino que sólo se cubría. Retorció su boca sin labios en una horrible mueca que debía asemejarse a la sonrisa de una calavera, y volvió a reír. Sanui mantenía bajo su máscara una expresión de seriedad, pero Ksar debía adivinarla por sus ojos.

La criatura parecida a una gárgola movió rápidamente su sable de luz en un impresionante despliegue de habilidad, y atacó cinco veces en rápida sucesión. Sanui retrocedió, el terror claramente visible en sus ojos, y se dio cuenta de que ninguno de los golpes le había siquiera rozado.

-Es imposible -pensó Sanui-. No los habría podido parar todos aunque hubiese querido. A menos que... A menos que Ksar no intentase golpearme a mí, sino a mi sable...

Rápidamente, Sanui hizo girar su sable de luz, fijándose en el filo violeta para averiguar si le había pasado algo. Mientras, Ksar repetía su enervante risita.

-¿Y si te digo -dijo Ksar- que conozco el truco de esgrima que intentas usar?

Sanui dejó de mirar su sable y miró a Ksar, con creciente preocupación.

-Estás dejando que yo ataque primero -explicó Ksar- para intentar localizar mis puntos débiles, los movimientos que peor se me dan, y mis fallos más obvios.

Antes de continuar, Ksar se deleitó un instante oliendo el miedo que empezaba a aparecer en Sanui.

-Ah, siento tu miedo. Para ti es un problema, porque inicia tu descenso al lado oscuro.

Sanui se dio cuenta de que, dejándose guiar por el miedo, le seguía el juego a Ksar. Intentó controlar sus emociones y hacer que la Fuerza fuese su guía...

Y entonces, eligió atacar.

Ksar se sorprendió por la furia inesperada de su oponente. Sanui, por su parte, había llegado a la conclusión de que, si Ksar conocía el truco, no tenía sentido seguir a la defensiva. Ksar, esta vez a la defensiva, empezó a retroceder para ganar algo de espacio y de movilidad, y se acercó a una puerta.

El combate continuaría en otra estancia del complejo. En el interior de la nueva sala había mucho más espacio y muchos más lugares donde moverse, así como un techo más amplio. Era una especie de sala de máquinas de donde se extraía energía a partir de minerales radiactivos. Las

paredes, de unos quince metros de altura, estaban cubiertas por inmensos aparatos metálicos llenos de pantallas y teclados. Pequeños droides flotantes de aspecto no humanoide se encargaban de su manejo.

-¡Fuera todos! -gritó Ksar en cuanto él y Sanui estuvieron dentro.

Los droides, identificando a Ksar como "amo imperial", se dirigieron rápidamente a la puerta por donde los orgánicos acababan de entrar. La puerta permaneció abierta; sólo se cerraba en caso de que hubiese peligro de fugas de radiación, y en ese caso el cierre era hermético.

Ksar se fijó en su nuevo entorno mientras seguía combatiendo y de nuevo sonrió. Sanui insistió en sus ataques, aprovechando que tenía la ventaja, y le dirigió un nuevo golpe a Ksar.

Pero Ksar logró pararlo sin dificultad, y movió su sable para impedir que Sanui liberase el suyo. Ahora, si Sanui se movía, si hacía algo que no fuese frenar el sable de Ksar, se cortarían automáticamente.

-Vaya, vaya, vaya -dijo Ksar, sonriendo-. No puedo creerlo. ¿Has caído en tu propia artimaña? Tu maestro se sentiría muy decepcionado.

Sanui comprendió a qué se refería: Cuando Sanui empezó su ofensiva, Ksar se puso a la defensiva... y estudió los movimientos de Sanui, hasta encontrar fallos en sus ataques. Ahora, Ksar tenía a Sanui donde quería.

-No sólo eso -añadió Ksar mientras su sonrisa se ensanchaba hasta lo humanamente imposible-. También he usado la Fuerza para entrar en tu mente... y descubrir qué escondes bajo tu máscara.

Sanui se sorprendió tanto por esta inesperada revelación, que casi se le olvida frenar el sable de Ksar. ¡Ahora tendría que encontrar la forma de impedir que Ksar le revelase a Hoox su secreto! Pero Ksar parecía ser mejor luchador que Sanui...

-¡Fuera con ese juguete! -dijo Ksar, haciendo un rápido movimiento con su sable. El arma de Sanui se separó de su mano y cayó al suelo, apagada e inofensiva, a varios metros de distancia. Mientras, Ksar puso su filo cerca de la yugular de Sanui.

-Torpe, torpe, torpe -dijo Ksar-. Perdiste en tus pensamientos mientras tu enemigo está justo delante de tus narices...

Sanui se dio cuenta de que no contaba con su sable, pero eso no significaba indefensión total: Aún tenía la Fuerza. Cerró sus párpados para simular un estado de aparente resignación a la muerte y, cuando Ksar levantó su sable, atacó.

-¡Aaaaagggghh! -gritó Ksar.

Un destello de luz surgió de la nada entre ambos contrincantes. No había calor en esta luz, y no podía

causar verdadero daño a nadie. Sin embargo, proporcionaba dos ventajas a Sanui. La primera era el factor sorpresa, y la segunda, deslumbrar a Ksar hasta dejarle ciego durante unos instantes. Sanui abrió sus ojos, se fijó en que las pupilas de Ksar prácticamente habían desaparecido, y se lanzó a recoger su sable. Dio una voltereta rápidamente para volver a ponerse en pie, encendió el filo violeta y, aprovechando que Ksar seguía ciego y tapándose sus ojos con una mano, se acercó a él por la izquierda con el sable levantado.

Ksar logró detener el ataque con su sable, aunque seguía tapándose los ojos. Sanui se sorprendió; no podía ser casualidad. Ksar emitió un quejido que debía deberse al dolor de sus ojos, y le dio una explicación.

-Oh, vamos. ¿Acaso creías que "éstas" eran de adorno? -dijo mientras movía adelante y atrás sus inmensas orejas-. Te pude oír con claridad.

Sanui se separó de Ksar; aunque pudiese oírle, si se movía silenciosamente, sin viento, y si ralentizaba su respiración, y si controlaba sus latidos como le enseñó Ashla, nadie podría oír nada...

Mientras Ksar seguía tapándose la cara, esperando el momento de recuperarse de su ataque, Sanui se acercó a él por detrás y, tan silenciosamente como pudo, levantó el sable.

Antes de que lo bajara, Ksar se dio media vuelta y, sin ver, miró a Sanui directamente a los ojos.

-Excelente intento -dijo-. Pero...

La arruga de la barbilla de Ksar se movió y dos pliegues de carne se movieron hacia arriba y hacia abajo respectivamente para revelar un tercer y repugnante ojo. Los pliegues de carne parpadearon una vez mientras Ksar sonreía.

Comprendiendo que ya no tenía la ventaja del destello, Sanui decidió retroceder. Sin embargo, ahora que tenía espacio para maniobrar, retrocedió dando un magnífico salto de varios metros de altura y unos cuantos más de longitud.

Pero, antes de que Sanui aterrizase, Ksar flexionó sus cuatro rodillas y saltó tras su enemigo. En mitad del aire, sus sables colisionaron primero una vez y después dos más. Los dos contendientes aterrizaron en lugares separados, mirando cada uno a su rival y con el sable preparado. El aterrizaje de Sanui, sin mucha ceremonia, fue más bien práctico, agachándose para evitar el daño. Ksar aterrizó como si lo hiciese todos los días, sonriendo a Sanui.

-Creo que hay algo que debes saber, Sanui -dijo Ksar.

Sanui le miró con atención, pero manteniendo la guardia. Esta vez, no iba a permitir que su absurda cháchara volviese a darle ventaja.

-No existe lo que has venido a buscar -sonrió el demonio.

Pese a su sorpresa, Sanui movió su sable un par de veces,

indicándole que no debía acercarse.

-No existe el arma capaz de arrasarse civilizaciones. Aquí están haciendo un estudio sobre protección contra daños radiactivos. Era todo un farol, y tú has mordido el anzuelo.

Ksar intentó contener su satisfacción por sentir cómo la rabia inundaba a Sanui. El odio y la agresividad, junto con el miedo, conformaban el lado oscuro de la Fuerza.

-Y, mientras tanto -añadió Ksar-, he usado la Fuerza para investigar más en tu mente, aprovechando tu distracción. Ya conozco las coordenadas del escondite secreto de tu maestro.

Eso era más de lo que Sanui podía aceptar. Si era cierto, significaba que tenía que matar a Ksar para impedir que divulgase esa información. Cargó contra él velozmente, en un aparente arretrato de ira.

Pero fingía su ira. En realidad, había estudiado lo bastante las tácticas de combate de Ksar como para obtener cierta ventaja. El sable de Sanui era más largo que el de Ksar y, si éste estaba a la distancia adecuada, podría una oportunidad de herirle, y acabar el combate rápidamente a continuación.

Ksar, con una estudiada impasibilidad, vio acercarse a su rival, y le vio frenar en el momento en que su sable no podía alcanzarle. El filo violeta zumbó, acercándose a Ksar, pero éste lo esquivó flexionando sus rodillas invertidas.

Comprendiendo el truco de Sanui, Ksar siguió sonriendo y giró una ruedecilla del mango de su sable. El filo rojo empezó a crecer hasta prácticamente duplicar su longitud original. Ahora estaba sosteniendo un arma completamente distinta, con unas técnicas de combate completamente distintas, y unos movimientos completamente distintos. Todo lo que Sanui había aprendido sobre las tácticas de Ksar, ahora no le servía para nada. Era como si Ksar hubiese tirado su sable para coger un bláster.

Sanui conocía los movimientos de combate más básicos para enfrentarse a un arma de esa longitud, pero sólo los había practicado un reducido número de veces. Pretendía expresar a través de sus ojos que sabía bastante más, pero éstos traicionaban a Sanui y mostraban su miedo.

Ksar concedió a Sanui una sutil gracia empezando su ataque con un movimiento tradicional, con el sable sobre la cabeza. Sanui logró parar este ataque poniendo su sable en posición lateral, pero miró a Ksar con desprecio. Era un movimiento demasiado sencillo, que cualquiera habría podido parar con sólo tener una mínima idea de esgrima. Ksar sonrió ante el desprecio de Sanui.

Entonces Sanui hizo un tajo vertical; Ksar tuvo que moverse para esquivarlo pero, mientras lo hacía, dedicó dos ataques más a Sanui. La espada de Ksar se acercó

peligrosamente al estómago de Sanui, pero este ataque fue también contrarrestado. El siguiente ataque desprendió varias chispas, una de las cuales aterrizó en uno de los sensibles ojos de Ksar. Éste retrocedió y Sanui aprovechó su oportunidad para darle una patada en el vientre. Ksar cayó en el suelo, sobre su trasero, pero se levantó rápidamente con sus flexibles piernas.

-Bueno, si no lo consigues a la primera -dijo Ksar con fingido acento-, levántate y vuelve a intentarlo.

Sanui parpadeó varias veces, incapaz de ocultar su sorpresa.

-¿Cómo conoces esa frase?

¡Era uno de los consejos que le había dado el maestro Ashla a Sanui! Palabra por palabra, sin una sola diferencia... Ksar incluso había imitado el acento de Ashla para entonarlo. No era casualidad.

-¿A ti qué te parece, Sanui? -siguió pinchándole Ksar-. ¿Quién crees que me la enseñó?

-¿Cómo te atreves a insinuar eso? -rugió Sanui, dirigiéndole un ataque.

-¿Insinuar el qué? -dijo Ksar.

Los ataques de Sanui cada vez estaban más guiados por la ira y menos por la razón.

-¡Dime la verdad! -insistió Sanui.

-Tendrás que preguntársela a A... -empezó Ksar, pero entonces se fijó en algo.

Sanui seguía atacando, guiándose por su furia, y Ksar apenas podía parar sus ataques. Ahora era él el que estaba distraído.

-¡Sanui, alto! -le dijo, con el miedo en su voz-. ¡Detente!

-¡No caeré en otro de tus trucos! -dijo Sanui, atacando una vez más.

-¡No es un truco! -dijo Ksar-. Hay una fuga de radiación en esta sala. Hemos debido romper algo con nuestros sables. La puerta ya se está cerrando.

Sanui se fijó en la puerta, que empezaba a cerrarse a su espalda.

-Si morimos los dos, ¿quién ganaría nada? -dijo Ksar-. Sigamos el combate fuera.

Sanui y Ksar echaron a correr hacia la puerta, usando sus poderes de la Fuerza para acelerar sus movimientos. A velocidades casi absurdas para un ser humano, se acercaron cada vez más a esa plancha de transpaciocero que descendía acercándose poco a poco al suelo. Sanui iba en cabeza.

Entonces, Ksar hizo un movimiento con su flexible pierna y le metió la zancadilla a Sanui. En cuanto se cerrase la puerta, los campos de radiación se encargarían de hacer su trabajo sucio y convertirían a Sanui en una mancha en el suelo.

Pero Sanui logró recuperarse rápidamente y saltó hacia la

puerta. Ksar hizo un movimiento con su sable que logró dañar superficialmente a Sanui; le dejaría una horrible cicatriz en un brazo, pero Sanui vio venir el dolor y usó la Fuerza para ignorarlo.

-Muy bien, mentí -dijo Ksar, sonriendo.

Sanui siguió corriendo hacia la puerta, pero Ksar logró sacarle ventaja y, si lograba salir antes, se encargaría de impedir que saliese nadie más.

Entonces, Sanui se fijó en una válvula de escape en la pared, a tres metros de la puerta. Sanui conocía esas válvulas; se encargaban de canalizar a presión un gas líquido de alto poder congelante. Se concentró en la válvula sin dejar de correr y, justo cuando Ksar pasaba al lado, usó la Fuerza y la abrió.

Un chorro de líquido golpeó a Ksar en el muslo. La criatura cayó al suelo, con el muslo cubierto de una sustancia blanca y presa de dolor. Sanui saltó hábilmente por encima de Ksar y, según aterrizaba, se deslizó por el suelo para salir en horizontal por la puerta cuando el agujero apenas medía veinte centímetros de altura.

Ksar vio cerrarse ante sus ojos su única vía de escape, y maldijo a Sanui, a su pierna y al líquido. Con dificultad y cojeando, se levantó y avanzó hacia la puerta transparente, detrás de la cual Sanui se alzaba tranquilamente. Mostrando su rabia en su rostro, Ksar alzó su sable de luz carmesí para destruir la puerta.

Entonces las máquinas liberaron la radiación.

Toda la sala se bañó en un brillo fosforescente que impedía ver nada a Sanui. Después de cinco minutos, el brillo se desvaneció, o tal vez los ojos de Sanui se adaptaron para poder ver el interior. No había rastro de Ksar, pero había una mancha en el suelo, justo delante de la puerta. Una mancha negra que sin duda era el único resto de Darth Ksar.

Fin del octavo capítulo

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.
Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez
para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com
Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.
Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.